

El Baluarte

Autógrafo de Albert Lagardera nº 6 MADRID

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 109

Sevilla—Miércoles 14 de Mayo de 1902

AÑO XXVI

Cortar por lo sano

El problema de las famosas órdenes religiosas constituye un verdadero nudo gordiano que nadie acierta á desatar y que es preciso cortar.

El Gobierno ha representado un tristísimo papel en el debate promovido en el Congreso y todas las minorías monárquicas, con Silveira á la cabeza y con Maura de contrapunto, se han manifestado al desnudo, reconociendo el supremo poder de Roma sobre los derechos del pueblo español y declarando que las asociaciones religiosas son parte integrante de la constitución de la Iglesia, y como la Iglesia en España lo es todo, las órdenes monásticas y las asociaciones religiosas también lo son todo.

No se concibe mayor dejación de la potestad civil ni traición semejante á la soberanía de una nación que presume de libre.

No discutimos al Gobierno, primer responsable de las osadías de los conservadores, porque su debilidad, su miedo y su olvido y abandono de los intereses liberales que dice representar, le han ahogado, y el Gobierno esté irremisiblemente muerto, y á los muertos ya no se les discute.

Su desdichada defensa de la gestión en este arduo problema le ha puesto fuera de combate, entregado á sus enemigos y á los enemigos de España.

A sus sucesores, á los que van á sustituir inmediatamente á este desdichado gobierno de la fórmula en los primeros días del reinado de don Alfonso, es á los que vamos á poner de relieve ante el país, no sin antes dejar de lamentar que los republicanos no hayan podido ponerse de acuerdo para saltar el tapón y oponer á la política de compadrazgos y de abdicaciones ante Roma una política completamente nacional y de absoluta emancipación de la Iglesia, la que, aun siendo nuestra prisionera en el estado, todavía podría hacernos daño.

Ya no hay que hablar de asociaciones religiosas ni de órdenes monásticas concordadas ó no concordadas; hay que abordar el problema religioso en toda su integridad, y tratar la cuestión en su aspecto total.

La Iglesia, con frailes y sin frailes, es la principal rémora de todo progreso, el enemigo jurado del engrandecimiento de España y de la libertad de los conciudadanos, el baluarte principal en que se apoyan ese par de centenares de conservadores para seguir dominando é imponiendo por un mal sentido y peor practicado sistema de poseer las llaves del cielo para abrir de par en par las puertas de la salvación eterna á los cándidos que aún creen en las verdades reveladas.

Hombres de derecho son Maura y Silveira; pero ni el uno ni el otro, con ser tan eminentes, se atreverían á demostrarnos que la Iglesia puede ser una potestad para los efectos de la Constitución y del gobierno de las naciones, ni siquiera una corporación con facultades para compartir determinados derechos, que si por gracia otorgó la hipocresía por un acto de voluntad y de poder, pueden suprimir las naciones, como lo suprimiría la nuestra en el momento en que el sufragio sea una verdad y la voluntad de los españoles se manifieste mediante el voto libre, sin esas formas de pucherazo á que nos tienen acostumbrados liberales y conservadores. Ciertamente hay una Constitución que proclama á la religión católica como la religión del Estado; pero con ser tan reaccionaria esa Constitución, el precepto mismo de su artículo y su sentido general, significan otorgamiento gracioso á Roma y la Iglesia, no concierto, ni pacto, ni reconocimiento de potestad, que nadie que tenga nociones de derecho puede aceptar; y ese reconocimiento es el último baluarte de concesiones á un pasado, y la última fórmula de un convencionalismo que todavía lleva á ciertas gentes á afirmar que la mayoría de los españoles son católicos, unos porque lo dicen y otros porque lo callan.

Aquí no hay católicos, ni creyentes, ni nada. Pero los conservadores, aprovechándose de esta pasividad ó falta de valor de muchas gentes, se apoyan en la religión para mermar la soberanía,

abusar de la libertad é imponerse del pueblo, y esto debe acabar ya, porque nuestro pueblo ha llegado á la mayoría de edad, y no necesita tutores, y menos se deja seducir por temor al infierno.

La circular del Nuncio, que cuesta la vida al gobierno sagastino, es la más palmaria demostración de que Roma lo quiere todo, abusando de nuestra prudencia y de cierta pasividad, pues arranquemos todas las concesiones y neguemoslo todo en justa compensación, dejando á la conciencia individual que creera cuanto quiera y proclamando la potestad soberana del pueblo.

Cortemos por lo sano, aboliendo todo lo que con la Iglesia se relaciona.

A. A.

No hay ruptura

Un diputado republicano de los más interesados en inocular la unión republicana ante el altar en que ha de jurar dentro de tres días Alfonso XIII, llevó á *El Liberal* la falsa noticia de que los diputados reunidos habían roto políticamente con los de la izquierda.

La verdad de lo ocurrido se halla expresada en la nota verdaderamente oficiosa publicada en *El Liberal*:

«Lo ocurrido en la reunión de la minoría republicana, según los más autorizados informes, fué lo siguiente:

A petición del Sr. Marengo, reuniéronse anteayer en el domicilio del Sr. Muro, y bajo la presidencia de éste, los señores Azcárate, Ojeda, Marengo, Alvarez (D. Melquiades) y Ballester.

El Sr. Marengo dió cuenta á sus compañeros de minoría de los acuerdos del tribunal de honor que había descalificado al Sr. Lerroux. Discutido este asunto, y teniendo en cuenta que, tanto el expresado tribunal como el Sr. Lerroux dejaban la puerta abierta (el primero, no negándose á recibir y examinar pruebas, y el segundo ofreciendo presentarlas) para una rectificación de aquel delicadísimo acuerdo, se resolvió aguardar los descargos que el Sr. Lerroux prometía en sus cartas y telegramas, absteniéndose, hasta entonces, de formular un juicio definitivo.

El Sr. Marengo entonces invitó á sus compañeros á examinar las dificultades que ofrecía la subsistencia de la unión con la extrema izquierda, cuyos procedimientos y tendencias seguramente condenarían los reunidos.

Discutióse la procedencia de una ruptura política en las presentes circunstancias, opinando contra ella los Sres. Muro y Azcárate. Mas como los demás señores insistieran en que recayese acuerdo, el Sr. Muro indicó la necesidad de aplazar toda resolución hasta que así lo resolviera la minoría en pleno, á la que citaría para otra reunión, toda vez que, siendo 15 los diputados que constituyen aquella minoría, y estando presentes solamente seis, debía llamarse á todos, y entre todos acordar lo que estimasen más acertado.

Así lo convinieron, é inmediatamente el Sr. Muro telegrafió á los diputados ausentes, algunos de los cuales han ofrecido venir en el acto.

En suma: los señores Azcárate y Muro juzgan inconveniente la ruptura, por la que opinaron los Sres. Marengo, Ojeda, Ballester y Alvarez.»

Algo falta ahí, como la noticia de que el Directorio de la Unión Nacional Republicana rechazó unánimemente la ruptura.

Ya me admiraba á mí que hombres como Azcárate y Muro se abrogaran facultades del partido, se declararan definidores y rompieran en vísperas de la jura la unión, no más que para satisfacer la vanidad y calmar el despecho de Marengo. Retiro, pues, cuanto escribí en contra de esos dos señores, dando por cierta la noticia de *El Liberal*.

Es de lo más peregrino lo que ocurre. Marengo declara que prefiere estar al lado de dos ajústocratas y dos generales, con él individuo del Tribunal de Honor, á seguir siendo republi-

cano y encima propone la desunión. ¿Tiene más ese señor que marcharse con viento fresco á la monarquía? ¿Quién le va á llorar? ¿Quiénes han de echarle de menos?

Marengo jamás ha hecho nada de provecho para la causa republicana. Nos sentaba bien tener un Neptuno galoneado en aquellos bancos, y satisfecha nuestra vanidad, nada pedíamos al republicanote, lobo de mar. El procedía muy bien: votaba con sus compañeros, interrumpía á los enemigos en ocasiones solemnes; se las echaba de anticlerical y revolucionario; daba de cuando en cuando la lata al ministro del ramo y era bien quisto en las esferas oficiales.

Ya nadie se acordaba de aquella caumaqueta parlamentaria, en la que Marengo fué echado á pique por la fragata Xiquena.

Pero que se nos salga un republicano de adorno, un diputado favorecido con la benevolencia ministerial, con la necia pretensión de que se rompa la Unión Republicana, es abusar y faltar á la reunión.

Si quiere romper, váyase con los caballeros de la Tabla Redonda el Sr. Marengo. Si su corazón, sus gustos, sus amistades y hasta sus intereses están en el campo monárquico, váyase norabuena Neptuno y Minerva, quiero decir, Marengo y D. Melquiades.

Este joven rabia por ser jefe de una agrupación gubernamental, como si pudiera disputar el esa jefatura á Salmerón, á Azcárate y aun á Muro. En fin, váyase, si tanta prisa le corre á convertirse en Celleruelo, que es el fin que va á tener el coruscante D. Melquiades.

El simpático moro cristiano Ojeda, el mismo papel haría en los bancos de la minoría que en los de la mayoría: en unos y en otros parecería un simple vendedor de alcuzcuz.

¿Pero y Ballesteros? ¿Será posible que don Juan Gualberto viere como Marengo hacia la monarquía? Ballesteros fué siempre un buen progresista, muy amante de la revolución y hasta diputado batallador y hábil. Había oído decir que andaba muy unido á Moret, á quien debía el acta y un cargo en el ferrocarril Central de Aragón. No lo había creído, pero ahora me rindo á la evidencia.

Es triste, muy triste ver cómo se deshace el republicanismo. Pero maldita la tristeza que debe darnos que en el bajel Marengo se vayan algunos á embarcar en la playa hospitalaria de la monarquía.

ROBERTO CASTROVIDO.

LOS DIPUTADOS REPUBLICANOS

Nuestros queridos huéspedes, los diputados republicanos de la Federación Revolucionaria, dedicaron el día de ayer á visitar algunos monumentos y centros donde se conservan las infinitas riquezas artísticas que encierra Sevilla.

Primeramente estuvieron en la suntuosa basílica, donde pudieron apreciar detenidamente las joyas que nos legaron nuestros antepasados.

El templo, como obra de fábrica, fué objeto de minucioso examen por los inteligentes visitantes.

Si grande fué el encanto de los expedicionarios propagandistas ante la grandiosa majestad del conuente, no fué menor el que experimentaron en presencia del contenido. Porque en realidad nuestra Catedral es un relicario que encierra infinitas joyas de inapreciable mérito en todos los órdenes de la industria y el arte.

Contemplaron todos los cuadros y esculturas de los insigues genios que pusieron á contribución su talento para hacer de nuestra metropolitana iglesia una de las curiosidades más dignas de ser visitadas.

Después de la Catedral visitaron la Santa Caridad, donde admiraron entre otras cosas los dos cuadros de Vaidés Leal.

Luego pasaron al Museo Provincial, y de éste á la iglesia de Santa Ana.

Luego estuvieron en la fábrica de cerámica y azulejos de los señores Mensaque Hermanos.

D. Enrique Mensaque se desdizo en atenciones con los visitantes, que salieron altamente complacidos y reconociendo que los referidos señores pueden vanagloriarse de haber establecido en Sevilla una industria que honra á nuestra capital.

Por la tarde recibieron nuestros amigos la visita de numerosos correligionarios, y comisiones de los pueblos, que llenos del mayor entusiasmo por la campaña que aquéllos hacen, de-

sean demostrar que el elemento democrático español no tiene hoy más esperanza que la que le ofrecen los señores Blasco Ibáñez, Soriano y Lerroux, mal que pese á los tribunales de honor y á los republicanos de doblé.

Por la noche estuvieron en el Centro Republicano, donde recibieron elocuentes pruebas de adhesión y cariño.

Esta mañana, acompañados de varios correligionarios y algunos periodistas, salieron para Carmona, en cuya ciudad darán esta noche un mitin que ha de ser muy concurrido, á juzgar por el entusiasmo que reina entre los elementos democráticos radicales de aquella población.

DE ACTUALIDAD

La Arlesiana (1)

Para dirigirse al pueblo, conforme se baja de mi molino, hay que pasar por delante de una masada construida cerca de la carretera en el fondo de un extenso patio plantado de guindos. Es la verdadera casa del cortijero provenzal; la casa de tejas encarnadas, de extensa fachada, con huecos de puertas y ventanas irregularmente abiertas, con su veta encima del granero, la polea para subir á los trojes las cargas de grano y algunos montones de heno...

¿Por qué había llamado mi atención aquella casa? ¿Por qué me oprimía el corazón aquel portal cerrado? No hubiese podido yo explicarlo, y, con todo, aquel lugar me daba frío. Reinaba en sus alrededores demasiado silencio. Cuando se pasaba cerca no ladraban los perros; las gallinas de Guinea huían silenciosas. ¡Dentro ni una voz! Nada; ni el cascabel de una mula. De no haber visto el humo que se elevaba del techo, hubiérase creído deshabitada la casa.

Ayer, cerca de medio día, regresaba yo del pueblo, y para librarme del sol, caminaba á lo largo de la fachada, bajo la sombra de los árboles.

En el camino, delante de la masada, algunos criados silenciosos acababan de cargar una carreta de heno... El portón había quedado abierto; al pasar dirigí una mirada al interior; vi, allá en el fondo del patio, puesto de codos sobre una ancha mesa de piedra y con la cabeza entre las manos, á un viejo de elevada estatura, completamente cano, con un traje demasiado corto y los pantalones completamente destrizados. Detúveme un momento. Uno de aquellos hombres me dijo en voz baja:

—¡Chist! es el amo. Así está desde que ocurrió la desgracia de su hijo.

En ese momento una mujer y un niño, vestidos de negro, pasaron muy cerca de mí, con sendos devocionarios dorados en las manos, y entraron en la quinta.

El hombre continuó diciendo:

—El ama y el chiquitín que vuelven de misa. Desde que el hijo se mató, van todos los días... ¡Ah, señor! ¡Qué desdichal... El padre lleva todavía el traje de luto; no han podido hacerse quitar desde entonces... ¡Eh! ¡eh! ¡cuidad de esa caballería!

La carreta se movió para emprender la marcha. Yo, que deseaba saber algo más, solicité del carretero permiso para subir á su lado; allí, en la carretera, entre el heno, me enteré de tan conmovedora historia.

Se llamaba Juan. Era un hermoso campesino de veinte años; vergonzoso como una doncella, fuerte y de rostro franco y abierto. Como era buen mozo, mirábanle con curiosidad todas las mujeres, pero él solamente pensaba en una—una arlesiana que había visto cierto día en el paseo de Arlés, cubierta de terciopelo y encajes.—En la granja no se recibían con agrado aquellas relaciones. La muchacha tenía fama de coquetuela, y sus padres no eran del país. Pero Juan quería á su arlesiana á toda costa, y decía:

—Si no me la dan, me muer.

Fué necesario resignarse. Se resolvió, pues que después de la recolección los casarían.

Pero aconteció que en la tarde de un domingo, la familia acababa de comer en el patio de la masada.

Era aquella casi una comida de boda.

(1) Este conmovedor cuento de Daudet es la primera idea de la obra que, arreglada á nuestra escena por D. Rodrigo Soriano, acaba de estrenarse en La Princesa, de Madrid.

